



por Tomás CUESTA

La Traviata

Asegura José María Aznar en «Abc» que la excepción cultural es una coartada para enmascarar la falta de talento. Y no le falta razón al señor ex presidente. No se trata, no obstante, de habilitar un «talentómetro» para medir si los artistas-pegatina, que tanto se emplearon en montar la zapatiesta, atesoran algo mollar en el caletre. Los profesionales del arte-pegatina, del pensamiento-pegatina, del cine-pegatina y de la literatura-pegatina son, por lo general, creadores de pega. O, mejor dicho, de paga, que ahí es donde está la madre del cordero. Pero eso, en definitiva, es lo de menos. El problema del dirigismo cultural es que, tarde o temprano, se convierte en miseria. Se empieza por sugerir qué hay que pensar y se acaba implantando una cartilla de razonamiento.

En «Le chènes qu'on abat», De Gaulle le confiesa a André Malraux que, quizá, la «grandeur» sólo estaba fundada sobre el enfrentamiento. Muchos años después de que el adusto general hiciese examen de conciencia, Jack Lang resucitaría la «grandeur» utilizando esta vez, de «force de frappe», la excepción cultural a la francesa. Y los resultados ahí están, le pese a quien le pese: ni los Estados Unidos han dejado de crecer, ni Francia ha dejado de hacerse más pequeña. Tal vez porque la cultura es un «continuum» fertilizado por aluviones sucesivos, como ocurre en la ecología de los deltas. Y por eso lo excepcional sólo da frutos cuando se disuelve en lo genérico.

La historia de la cultura occidental es una suma de globalizaciones que hicieron astillas los particularismos para alimentar un incendio que devoró fronteras. ¿De qué otro modo se pueden concebir fenómenos tan expansivos y globales como el gótico o el renacimiento? Los que se quejan hoy de que los norteamericanos pretenden reducirles la cabeza, olvidan que, como Alessandro Baricco ha subrayado en alguno de sus textos, «La Traviata» no iba más allá, en la fecha de su estreno, de lo que podía representar a estas alturas una superproducción hollywoodiense. Una historia banal, hecha para el gran público y con un lenguaje simple hasta la desolación que a los aficionados a Beethoven, les sonaba a blasfemia. A ver quién se lo dice a los modernos de opereta.

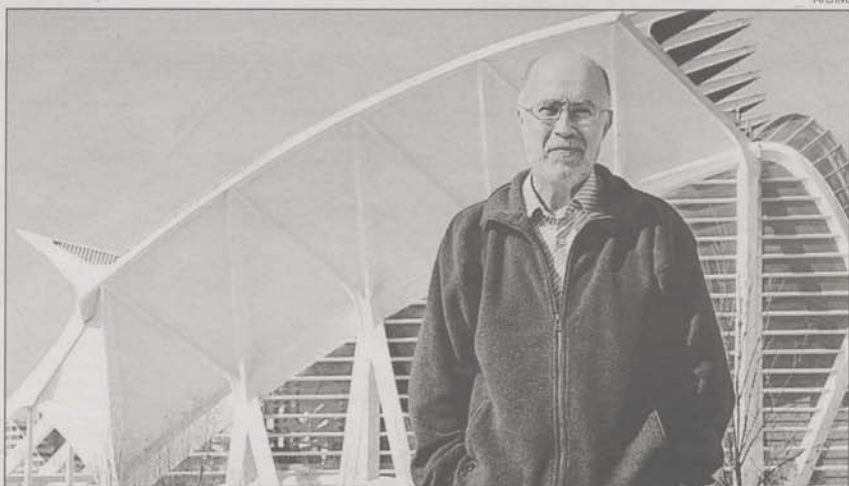
A LA CONTRA

por AMILIBIA

MANUEL TOHARIA, divulgador científico

«Cuanto más ricos, más insolidarios»

Hoy pronuncia en la Fundación Canal (Madrid) una conferencia, «La misteriosa máquina oceánica y el cambio climático», y el director del Museo de las Ciencias Príncipe Felipe de Valencia y del programa de TVE «Atlantia» dice que conocemos el espacio mejor que nuestros mares, que la película «El día de mañana» es ridícula desde el punto de vista científico, que la glaciación volverá en unos 20.000 años...



«No se hará nada por el medio ambiente si no es negocio», dice

«La misteriosa máquina oceánica y el cambio climático». ¿Por qué misteriosa?

—Porque lo es: conocemos mejor el espacio exterior que nuestros mares. Conocemos mal el intercambio de energía entre el mar y el aire, las corrientes marinas... El mar está lleno de ríos que nacen y mueren en el mar.

—El cambio climático, tema polémico. Hay quien todavía niega su existencia...

—Niegan que tenga que ver con la mano del hombre. Yo creo que sí tiene que ver. Y lo cree casi todo el mundo científico.

—Ay, esa mano pecadora del hombre...

—No siempre actúa para mal: la industrialización es positiva y negativa. Lo cierto es que vivimos más y mejor que nunca.

—He visto la película «El día de mañana». Parece que en el futuro no necesitaremos de neveras para conservar la merluza...

—Es una película ridícula desde el punto de vista científico. Pura ficción.

—Dicen que algo así tardará en suceder unos 15.000 años. Las catástrofes se nos anuncian a largo plazo, y creo que eso nos lleva a no hacer nada...

—En parte, sí. Básicamente, lo que nos lleva a la inoperancia es el actual sistema económico, que sólo mira los beneficios del año que viene. No se hará nada por el medio ambiente si no es negocio.

—Pero, ¿habrá o no una nueva glaciación?

—Sí, se congelará una parte de la

Tierra dentro de unos 20.000 años. Pero no todos los males anunciados son a largo plazo. Si explotara sólo una pequeña parte del arsenal nuclear, se acabaría la vida en la Tierra.

—Decimos: el que venga detrás que arree...

—Es verdad. Pero, ¿nos importa que mueran mil millones de seres de hambre mientras nosotros luchamos contra el colesterol? No. Si no nos importa el presente, ya me contará lo que nos puede afectar el futuro.

Elevación terrestre. —Dicen que el peligro está en el derretimiento de los hielos polares...

—Si se derretiera todo el Polo Norte, el mar subiría un centímetro. Si lo hiciera el Polo Sur, subiría unos 50 metros. Pero es muy difícil que se derrita el Polo Sur.

—¿Y eso?

—Porque, paradójicamente, cuanto más sube la temperatura, más llueve. Y en el Polo Sur, la lluvia es nieve. Aumenta el hielo.

—Dicen que nos quedaremos sin playas y que desaparecerán islas...

—Habrá playas que sufrirán y otras nacerán. En la Costa del Sol el continente, la tierra, se ha elevado varios centímetros.

—Fíjese, con lo que se construye... ¿El peligro más grave que nos acecha?

—La posibilidad de que el terrorismo acceda a las bombas nucleares.

—Parece que los nuevos profetas científicos predicán en el desierto...

—A veces tengo esa impresión. La preocupación ambiental crece desproporcionadamente.

—Por cierto, un desierto crece cada día...

—Crece por unos sitios y por otros, no. En España crece la erosión del suelo, pero se lucha. Plantar árboles, como se hace, es una buena solución.

—Árboles que luego arden en el verano...

—Se plantan más de los que se queman.

—Sí, pero aun así van adquiriendo conciencia del asunto.

—Parece que no, pero he hablado con algunos, de todos los colores, y creo que se van enterando.

—Tomar medidas no es popular y resta votos...

—Sí, pero aun así van adquiriendo conciencia del asunto.

—No me diga que Bush va adquiriendo conciencia.

—No, Bush no, pero Al Gore sí la tenía. En general, en los EE UU tienen poca conciencia ambiental. Son ricos, y cuanto más ricos, más insolidarios.

—Su programa en TVE, «Atlantia», se emite a la una de la madrugada. ¿Las televisiones admiten estos programas como coartada cultural?

—Las privadas no hacen nada. Las públicas hacen algo, pero a unas horas... El sistema de financiación no permite poner un programa así en «prime time». Hoy es imposible.

—En fin, que el calentamiento global crece y crece...

—Las emisiones de CO2 han subido un 30 por ciento en el último siglo.

—O sea, que no es por Angelina Jolie...



por Cecilia GARCÍA

Libros y firmas

Por tonterías del destino, el domingo me desvié como aprendiz de escritora con derecho a firma en la Feria del Libro. Aprensión la justa. Llegar allí, empezar a oír la retahíla de escritores de fuste y verte incluida en la lista da cierto pudor, cuando no ganas de correr en la dirección contraria. El único revulsivo fue saber que Ana García Obregón y Paola Santoni habían pasado por allí para estampar su autógrafo en un montón de folios encuadernados con su nombre. Ese detalle quita cualquier complejo, aunque no faltan lectores ocasionales que te los ponen como medallas de una batalla perdida. Al verse en una caseta enjaulada, a la vista de todos, comprendes el mal carácter que se les pone a los animales en el zoo. Pasan por delante, te miran de abajo arriba, hablan entre ellos... Eres una extraña salvo un par de incondicionales. No está mal. Para no salir en televisión no deja de tener su mérito.

Lo lamentable es que un alto porcentaje de los que se pasean por la Feria del Libro van de romería a la caza del famoso y de la correspondiente dedicatoria. Una caseta no es nada si no tiene a un escritor con nombre, que no siempre se corresponde a su valía literaria, como elemento de decoración. En mi caso, como no hay obra literaria que me acompañe, aunque sea un librito de autoayuda de esos que te enumeran todos tus defectos de serie y cómo solucionarlos, ni plataforma mediática que me ampare —tengo una vida muy plana: no insulto y tampoco me codeo con famosos de los que pueda presumir—, muchos me miraron pero pocos me vieron. Más triste me pareció que un autor al que aprecio lo suficiente para comprar sus libros se quedase como una estatueta de cera con el bolígrafo por estrenar. Y, mientras, a Paola Santoni se le derretía la silicona de sus labios de tanto dar besos sin rozar las mejillas. Si la vida no es justa ni en estas nimiedades apañadas vamos.

Postdata: que no se pongan gallitos. En las elecciones europeas perdieron todos aunque enseñasen las crestas presumiendo de los buenos resultados. Está claro que Europa sólo importa cuando hay un balón de por medio, más aún si lo acaricia Zidane.